

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

PARA LEER LA PATRIA DIAMANTINA

Una antología general

Selección y estudio preliminar
Edith Negrín

Ensayos críticos
Manuel Sol
Rafael Olea Franco
Luzelena Gutiérrez de Velasco

Cronología
Nicole Giron



f,l,m.



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ÍNDICE

<i>Advertencia a esta edición</i>	9
---	---

Estudio preliminar

Evocación de un escritor liberal / <i>Edith Negrín</i>	13
--	----

Poesía

DESDE EL CARMEN UMBROSO Y ESCONDIDO

La salida del sol	59
Flor del alba	61
Al Atoyac	64
Los naranjos	67
Las abejas	70
Las amapolas	75
En la muerte de Carmen	78
Al pie del altar	82
En su tumba	84
Pensando en ella	84
Al Xuchitengo	85
Recuerdos	87
A... ..	91
La cruz de la montaña	92
En el álbum de Luz	97
Al divino redentor	98
A orillas del mar	100
La plegaria de los niños	109
A la eminente trágica Adelaida Ristori En la noche de su beneficio	111
A Leonor en su álbum	111
A Comonfort (Durante el reinado de la reacción clerical, 1858-1859)	116
A una costeña	118

Novela

EL DISFRAZ DE LA IDEA

<i>La Navidad en las montañas</i>	121
---	-----

Crónica

PÁGINAS ÍNTIMAS DE UNA CIUDAD HERMOSA E INQUIETA

Las fiestas de septiembre [Carta de Próspero al Dómine]	171
Crónicas de la Semana. 9 de enero de 1869	182
Crónicas de la Semana. 23 de enero de 1869	189
Crónicas de la Semana. 27 de febrero de 1869	197
Crónicas de la Semana. 26 de junio de 1869	209
Bosquejos.	220
La vida de México (Conversación)	238
El día de muertos	245

Ensayo

DEL FRONDOSO ÁRBOL DE LA LITERATURA MEXICANA

Renacimiento de la literatura mexicana.	
Ojeada histórica. Elementos para una literatura nacional	253
De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870	285
Honra y provecho de un autor de libros en México	321

Ensayos críticos

Teoría y práctica de la poesía en Ignacio Manuel Altamirano/ <i>Manuel Sol</i>	331
Altamirano: la crónica testimonial/ <i>Rafael Olea Franco</i>	347
El proyecto novelístico de Ignacio Manuel Altamirano/ <i>Luzelena Gutiérrez de Velasco</i>	365
<i>Cronología</i>	381
<i>Índice de nombres</i>	419

ADVERTENCIA A ESTA EDICIÓN

El propósito de la presente antología es ofrecer a un amplio público una muestra representativa de la producción literaria de Ignacio Manuel Altamirano.

Todos los textos han sido tomados de la edición de *Obras completas* del autor en 24 volúmenes, coordinada por la historiadora Nicole Giron y publicada inicialmente bajo el sello de la Secretaría de Educación Pública y, más adelante, del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Los escritos seleccionados se reproducen íntegros, a excepción del extenso ensayo “Revistas literarias de México (1821-1867)”, del cual se inserta un fragmento. La ubicación de los textos aquí incluidos, dentro de las *Obras completas*, se explicita al inicio de cada sección. Se ha conservado la ortografía de la edición citada, si bien se han suprimido algunas notas al pie de página, no pertinentes a los fines de esta antología. En todos los casos se cita la primera vez que se publicó cada texto.

Abre el volumen una semblanza de Ignacio Manuel Altamirano y su circunstancia, elaborada por mí, que debe mucho al talento incansable de Nicole Giron y a las esclarecedoras lecturas de José Emilio Pacheco, así como a las aportaciones de otros estudiosos citados en la bibliografía.

La cronología comparada ha estado a cargo de la propia historiadora Giron, y constituye una versión breve de la cronología que se publica en el último volumen de las *Obras completas*.

Viene después la selección de obras del polígrafo decimonónico, dividida en cuatro secciones: poesía, novela, crónica y ensayo. A continuación se presentan tres ensayos críticos inéditos, de distinguidos estudiosos, que tienden un puente entre la literatura de Altamirano y los lectores del siglo XXI: Manuel Sol analiza la poesía, Rafael Olea Franco se ocupa de la crónica y Luzelena Gutiérrez de Velasco estudia las narraciones.

Mis compañeros del Centro de Estudios Literarios, Adriana Sandoval y Gustavo Jiménez, jugaron un papel importante en la configuración de este proyecto. Magdalena Miranda Díaz y José Luis Martínez González me ayudaron a conseguir textos poco accesibles sobre el autor. Gabriel Enríquez me brindó su generosa asesoría editorial. Georgina Carriles Dávila me prestó su auxilio cotidiano en las labores secretariales. Doy gracias a todos ellos por su participación. Asi-

mismo, agradezco la amistosa solidaridad de María Eugenia Negrín, Ana Rosa Domenella, Luzelena Gutiérrez de Velasco, Elizabeth Corral, Enrique Flores, Orlando Ortiz y Carmen Galicia.

 Mi reconocimiento al Instituto de Investigaciones Filológicas y a la Fundación para las Letras Mexicanas, que han patrocinado este proyecto. [E. N.]

Enero, 2005

EVOCACIÓN DE UN ESCRITOR LIBERAL

EDITH NEGRÍN

LA PERSECUCIÓN DE LO IMPOSIBLE

Mis antecedentes son humildes, he probado desde mi infancia el cáliz de las miserias de la vida; he nacido en la cabaña de una familia de indios; efectivamente el apellido que llevo y que es español no me pertenece de derecho, porque los indios no tienen motivo para llevarlo; pero mis abuelos lo tomaron, como lo tomó Juárez que tampoco tenía apellido español, y yo lo llevo porque con él soy conocido, porque lo heredé ya de mis padres y porque he sabido honrarlo con una conducta sin mancha...

Estas palabras de Ignacio Manuel Altamirano pertenecen a un artículo aparecido en las páginas de *La República*, diario político dirigido por el mismo escritor, el 21 de marzo de 1880, en respuesta a un ataque a su persona inserto en el periódico *La Voz de España*. Al momento de escribirlas, el autor disfrutaba de merecido reconocimiento tanto en el campo de la política como en el de la cultura; en el mes de enero anterior había fundado *La República*, una vez finalizado su periodo como magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Sin embargo, hábil polemista, al defender su participación en la vida pública, se siente obligado a referirse a sus orígenes, y en esta breve alusión toca temas fundamentales, el derecho al apellido y a la identidad, la situación de los indígenas.

En los años que van desde 1834, cuando el escritor viene al mundo en el seno de una comunidad marginada y discriminada, en el municipio de Tixtla, hoy parte de Guerrero y entonces perteneciente al Estado de México, en un país que acaba de obtener su independencia política de España, hasta la década de 1880, cuando Altamirano publica el artículo mencionado, ya bajo el gobierno de Porfirio Díaz, la vida de México ha pasado por muchas de las profundas transformaciones que trazaron su perfil presente.

Una vez consumado el coloniaje político, los mexicanos vivieron décadas sin sosiego, que a la distancia lucen como una caótica sucesión de levantamientos y

golpes de Estado —tan sólo entre 1821 y 1850 hubo 50 gobiernos—, sangrientas luchas civiles entre facciones opuestas, y la amenaza constante, a veces cumplida, de intervenciones extranjeras, el “extraño enemigo” de que habla nuestro himno nacional. La confusa presencia en la arena política de los grupos y bandos se ordena en algún momento bajo los nombres de centralistas y federalistas; más frecuentemente, bajo los de conservadores y liberales. Cuando al fin, en 1867, la victoria del grupo liberal cierra la época convulsa y establece una pausa pacífica, la República Restaurada, se inicia la historia moderna del país que será completada con el Porfiriato.

La vida y la obra de Ignacio Manuel Altamirano están vertebradas por el pensamiento liberal. Vale la pena abrir un breve paréntesis para recordar las ideas que impulsaban la acción de los liberales, así como presentarlos a ellos, a los hombres que acompañaron al escritor en sus luchas.

El ideario liberal, en el primer tercio del siglo XIX, se encuentra descrito en los textos de José María Luis Mora, en tanto que los postulados conservadores fueron formulados por Lucas Alamán.

Frente a la persistencia del orden colonial a través del alto clero, el ejército y los terratenientes, los liberales fueron redefiniendo en sus programas las propuestas del liberalismo europeo. La beligerancia del liberalismo mexicano se organiza en torno a unos cuantos principios, entre los cuales, Jesús Reyes Heróles, en su canónico estudio sobre el tema, menciona el federalismo, la abolición de los privilegios, la supremacía de la libertad civil, la separación de la Iglesia y el Estado, la secularización de la sociedad, la ampliación de las libertades, el gobierno mayoritario. A la inversa, los conservadores apoyan el centralismo, el mantenimiento o la ampliación de los privilegios legales, la restricción de las libertades.

Centro del pensamiento liberal es el combate por las libertades individuales y colectivas, así como la igualdad frente a la ley. Para alcanzar la libertad de la conciencia había que secularizar la sociedad, es decir, modificar las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y entre la sociedad civil y la Iglesia. Ello conllevaba arrancar al clero el monopolio de la educación.

Reyes Heróles insiste en la interacción entre las ideas y la realidad. Por ejemplo, en México, los movimientos populares agrarios tienen un aspecto anticlerical surgido de la práctica, de la necesidad de reducir las utilidades parroquiales. Junto al problema de la tierra, los campesinos plantean la incidencia sobre ellos del régimen imperante en las relaciones Iglesia-sociedad. Estas peticiones populares, concretas, ensanchan y modifican los principios teóricos.

La igualdad de los individuos frente a la ley implicaba acabar con los fueros de la Iglesia y los del ejército. Aquí, la lucha contra los privilegios significaba

enfrentarse a las supervivencias coloniales, y adquirió un sentido popular; lo individual se volvía al mismo tiempo colectivo. Por ejemplo, el alto clero peninsular sojuzgaba al bajo clero autóctono; la dirección del ejército, compuesta de españoles seguidos por criollos oprimía a una oficialidad y tropa mestiza e indígena; la alta burocracia del Estado, de origen peninsular, impedía el acceso a los cargos decisivos a los nacionales.

Las aspiraciones a la igualdad y al gobierno mayoritario hicieron que en el proceso mexicano el concepto de liberalismo se imbricara y casi se identificara con el de democracia.

La Iglesia concentraba la mayor parte de la riqueza del país. El ejército era la segunda clase económicamente privilegiada, por los gigantescos presupuestos que requería su manutención. Acabar con los fueros de ambos tenía, además de los mencionados, el fin de rescatar riquezas improductivas.

Por lo que hace a los protagonistas, Altamirano pertenecía a la élite de la minoría liberal, encargada de reconstruir el país durante la República Restaurada, luego de que, en 1867, fue reelecto como presidente Benito Juárez. Ese pequeño grupo estaba formado por dieciocho letrados y doce militares, explica el historiador Luis González. Entre los letrados se cuentan, además del gobernante y del escritor, Gabino Barreda, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Vigil, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco. Entre los militares estaban Porfirio Díaz y Vicente Riva Palacio. Casi todos los letrados procedían de la clase media o de familias ricas; solamente Juárez y Altamirano conocieron origen humilde.

Entre los treinta notables participan hombres de dos generaciones. González reconoce una a la que denomina “la pléyade de la Reforma”, compuesta por ochenta individuos nacidos entre 1806 y 1820, entre los que estarían Barreda, Juárez, Lerdo, Payno, Prieto, Ramírez; y la que el historiador llama “la generación tuxtepecadora”, a causa del Plan de Tuxtepec que en 1876 permitió a Porfirio Díaz tomar el poder. Los integrantes de esta generación, contemporáneos de Díaz y soporte de su gobierno son cerca de un centenar, nacidos entre 1825 y 1840; entre ellos se sitúa Altamirano, junto con Riva Palacio, Vigil y Zarco. Otros investigadores hablan de tres generaciones liberales; para los efectos de este trabajo, la clasificación de González resulta adecuada.

El grupo dirigente de la República Restaurada fue una constelación de hombres de enorme distinción intelectual, elevadas prendas morales y gran apego a su país, afirma Daniel Cosío Villegas. Ciertamente, se trata de seres excepcionales que integraron la reflexión teórica y la acción en los más diversos quehaceres: la oratoria, la lucha armada, la enseñanza, el periodismo, la producción literaria,

el servicio público, la indagación científica. Si, como dice Alfonso Reyes, lo característico de “la aventura romántica” es el ser “una ruda aventura vital adornada con armas, con letras y con amores”, los liberales decimonónicos eran, en un sentido amplio, románticos.

De acuerdo con González, el programa de gobierno de la intelectualidad liberal comprendía, desde los tres poderes, cambios radicales en el orden político, el económico, el social y el cultural. En el primero, se propusieron hacer efectiva la Constitución liberal de 1857, pacificar el país, debilitar a los profesionales de la violencia y fortalecer la hacienda pública. En el orden económico, pugnaron por la construcción de caminos, la atracción de capital extranjero, el ejercicio de nuevas siembras y métodos de labranza, el desarrollo de la manufactura, entre otros objetivos. En el orden social, se interesaron en fomentar la inmigración, el parvifundio, y las libertades de asociación y trabajo. En el orden cultural, se centrarían en las libertades de credo y de prensa, la aniquilación de lo indígena mediante la transculturación de los indios, la educación para todos y el nacionalismo en las letras y las artes.

A este programa se enfrentaban obstáculos de todo tipo. La práctica democrática era dificultada por la indiferencia política de las masas, a excepción de una débil y minoritaria clase media. Contra el pacifismo conspiraban la ambición política de los militares, el extendido bandidaje y las pretensiones de autonomía de las tribus; había una arraigada tradición de violencia. A la meta de poblar el país se oponía principalmente la inseguridad de la vida en él; a los extranjeros no les atraía venir a establecerse aquí. González describe sin contemplaciones a la población nacional como “escasa, rústica, dispersa, sucia, pobre, estancada, enferma, mal comida, bravucona, heterogénea, ignorante y xenófoba”. Los sueños de reforma social de la minoría culta chocaban contra la inercia de la muchedumbre. El ideal de enriquecimiento del país se veía obstruido tanto por la naturaleza como por la historia; a la escasez de buenas tierras se aunaba la pereza de siglos y la inexistencia de capital.

Sin duda, el equipo gobernante de la República Restaurada, en su intento de construir una nación democrática, se propuso metas inalcanzables, como se ha visto, en todos los campos. También en el de la cultura. José Luis Martínez ha definido la cultura no sólo de esta etapa, sino de todo nuestro primer siglo de vida independiente como un largo esfuerzo de aprendizaje y formación. Uno de los tránsitos históricos más cargados de promesas, describe Enrique Florescano. Esfuerzos, promesas... no es de extrañar que en el contexto de la cultura liberal encontrara terreno fértil el romanticismo, movimiento por definición amante de la libertad y anheloso de lo inaccesible.